

turpia



REVISTA CULTURAL / NÚMERO 97-98

María Auxiliadora Alvarez Juan Carlos Ara Matías Barchino Jorge Eduardo Benavides
Eduardo Becerra Adolfo Burriel José Manuel Camacho José Carlos Cataño Javier Cercas
Juan Cobos Wilkins Alberto Cotelo Carlos Cortés Peter Elmore José Fernández de la Sota
Rodrigo Fresán Alberto Fuguet Ana Gallego Emilio Gastón Gustavo Guerrero Elena Guichot
Grassa Toro Eduardo Halfon Fernando Iwasaki Jesús Jiménez Efraín Kristal
Raúl Carlos Maícas Juan Carlos Méndez Guédez Daniel Mesa César Antonio Molina
Vicente Molina Foix José Muñoz Millanes Luis Muñoz Francisca Noguero Julián José Ordovás
Edmundo Paz Soldán Antonio Pérez Lasheras Cristina Peri Rossi José Luis Rey
Antonio Rivero Taravillo Josep M. Rodríguez Fernando Sanmartín Mayra Santos-Febres
Pedro Serrano Antonio Tabucchi Jenaro Talens Iván Thays Leonardo Valencia
Alvaro Valverde Juan Gabriel Vásquez J. Verón Gormaz Juan Villalba Jorge Volpi

PREMIO NACIONAL AL FOMENTO DE LA LECTURA

Cartapacio: Mario Vargas Llosa

<i>El último «boomcano»</i> . Discurso de D. Fernando Iwasaki en el Centenario de Mario Vargas Llosa (1936-2036)	153
<i>Breve discurso sobre la cultura</i> . Mario Vargas Llosa	160
<i>«Convertir en posible lo imposible»: Mario Vargas Llosa y las verdades contradictorias</i> . Francisca Noguerol	175
<i>Los nuevos caminos del pasado: Vargas Llosa y la narrativa hispanoamericana de entresiglos</i> . Eduardo Becerra	186
<i>Las pasiones literarias de Mario Vargas Llosa: del homo legens al crítico rutilante</i> . José Manuel Camacho Delgado	200
<i>La poética del escritor</i> . Matías Barchino	219
<i>Vargas Llosa y la novela: algunas enmiendas a la totalidad</i> . Daniel Mesa Gancedo	233
<i>Cuando despertó, el unicornio todavía estaba allí. El sueño en la narrativa de Mario Vargas Llosa</i> . Ana Gallego Cuiñas	262
<i>Gente del oficio: Flaubert, Vargas Llosa, Camacho y Varguítas</i> . Peter Elmore	286
<i>Mario Vargas Llosa y la Comedia humana de Balzac</i> . Efraín Kristal	298
<i>Vargas Llosa: un crítico del nacionalismo en la era de la globalización</i> . Gustavo Guerrero	301
<i>La Lima que viene y va: últimas obras teatrales de Mario Vargas Llosa</i> . Elena Guichot	311
<i>Testimonios</i> : Javier Cercas, Carlos Cortés, Rodrigo Fresán, Alberto Fuguet, Eduardo Halfón, Juan Carlos Méndez Guédez, Edmundo Paz Soldán, Mayra Santos-Febres, Iván Thays, Leonardo Valencia, Juan Gabriel Vásquez, Jorge Volpi	331
<i>Cronología de Mario Vargas Llosa</i> . Jorge Eduardo Benavides	401

Conversaciones

<i>Rodney Smith: «La destreza de la mano no puede suplir el vacío del corazón»</i> . Beatriz Lafuente	415
<i>La elegante heterodoxia de Mauricio Wiesenthal</i> . Francisco Luis del Pino Olmedo	431

La isla

<i>La primera patria</i> . Raúl Carlos Maícas Ilustraciones de Isidro Ferrer	447
---	-----

Sobre Aragón

<i>Actualizando a Joaquín Costa ante el centenario de su muerte</i> . Juan Carlos Ara Torralba	457
---	-----

Cuadernos turolenses

<i>Andrés Marín y Esteban (1843-1896). II. Alcalde de Teruel</i> . Juan Villalba Sebastián	471
--	-----

La Torre de Babel

Isabel Núñez: <i>Jin Ping Mei</i> . El erudito de las carcajadas	485
Juan Antonio Tello: <i>Vercoquin y el plancton</i> . Boris Vian	487
Álvaro de la Rica: <i>Un año de escuela en Trieste</i> . Giani Stuparich	489
Pedro M. Moreno Pérez: <i>Un traidor como los nuestros</i> . John Le Carré	491
José Giménez Corbatón: <i>El reino dividido. Escrito en la pared</i> . <i>Trilogía Transilvana III</i> . Miklós Bánffy	495
David Río Raigadas: <i>El juego de la sombra</i> . Louise Erdrich	497
Lourdes Toledo: <i>La cena</i> . Herman Koch	500
Jesús Aguado: <i>El faro de los libros</i> . Aravind Adiga	502
Teodosio Fernández: <i>Blanco nocturno</i> . Ricardo Piglia	505
Asunción Castro: <i>Azul serenidad o la muerte de los seres queridos</i> . Luis Mateo Díez	507
Ramón Acín: <i>Los enemigos</i> . Javier Tomeo	510
Fernando Aínsa: <i>El corredor nocturno</i> . Hugo Burel	513
Pedro M. Domene: <i>Antes del futuro imperfecto</i> . Medardo Fraile	516
Pablo Lorente Muñoz: <i>Cerrado por melancolía</i> . Isidoro Blaisten	519
Javier Lostalé: <i>Segunda parte</i> . Javier Montes	521
David Mayor: <i>Tríptico y Santos que yo te pinté</i> . Julián Rodríguez	524
Juan Villalba Sebastián: <i>La mirada del bosque</i> . Chesús Yuste	526
Elena Medel: <i>Jóvenes y guapos</i> . Aloma Rodríguez	528
José Carlos Cataño: <i>Carmen Laforet, una mujer en fuga</i> . Anna Caballé e Israel Rolón	530
José María Ariño Colás: <i>Leer España. La historia literaria de nuestro país</i> . Fernando García de Cortázar	532
Álvaro de la Rica: <i>Alfabetos. Ensayos de literatura</i> . Claudio Magris	534
Javier García Rodríguez: <i>Perder teorías</i> . Enrique Vila-Matas	537

ción intelectual) y algunos de sus mejores libros –como el que escribió sobre los manuscritos hallados en el Mar Muerto– fueron reportajes para *The New Yorker*. Pero el escribir para el gran público profano no le restó rigor ni osadía intelectual; más bien lo obligó a tratar de ser siempre responsable e inteligible a la hora de escribir.

Responsabilidad e inteligibilidad van parejas con una cierta concepción de la crítica literaria, con el convencimiento de que el ámbito de la literatura abarca toda la experiencia humana, pues la refleja y contribuye decisivamente a modelarla, y de que, por lo mismo, ella debería ser patrimonio de todos, una actividad que se alimenta en el fondo común de la especie y a la que se puede recurrir incesantemente en busca de un orden cuando parecemos sumidos en el caos, de aliento en momentos de desánimo y de dudas e incertidumbres cuando la realidad que nos rodea parece excesivamente segura y confiable. A la inversa, si se piensa que la función de la literatura es sólo contribuir a la inflación retórica de un dominio especializado del conocimiento, y que los poemas, las novelas, los dramas proliferan con el único objeto de producir ciertos desordenamientos formales en el cuerpo lingüístico, el crítico puede, a la manera de tantos postmodernos, entregarse impunemente a los placeres del desatino conceptual y la tiniebla expresiva.

La cultura puede ser experimento y reflexión, pensamiento y sueño, pasión y poesía y una revisión crítica constante y profunda de todas las certidumbres, convicciones, teorías y creencias. Pero ella no puede apartarse de la vida real, de la vida verdadera, de la vida vivida, que no es nunca la de los lugares comunes, la del artificio, el sofisma y la frivolidad, sin riesgo de desintegrarse. Puedo parecer pesimista, pero mi impresión es que, con una irresponsabilidad tan grande como nuestra irreprimible vocación por el juego y la diversión, hemos hecho de la cultura uno de esos vistosos pero frágiles castillos construidos sobre la arena que se deshacen al primer golpe de viento.

Lima, abril de 2010

(Este texto, facilitado por Mario Vargas Llosa para su publicación en *Tuvia*, corresponde a la intervención que realizó con motivo de su nombramiento como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Castilla-La Mancha)

«Convertir en posible lo imposible»: Mario Vargas Llosa y las verdades contradictorias

Francisca Noguero

*«Hay una constante en la cultura occidental:
la fascinación por los seres humanos que rompen los límites,
que, en vez de acatar las servidumbres de lo posible,
se empeñan contra toda lógica en buscar lo imposible»*

Mario Vargas Llosa, epílogo a *Odiseo y Penélope*, p. 171

*«– Nada es blanco y negro, querido –comentó Alice–.
Ni siquiera en una causa tan justa.
También aquí aparecen esos grises turbios que todo lo nublan»*

Mario Vargas Llosa, *El sueño del celta*, p. 354

ACABO de terminar de *El sueño del celta* y, aún conmovida por su lectura, quiero dar cuenta en las siguientes páginas de la enorme coherencia que presenta esta novela en relación a la trayectoria narrativa de Mario Vargas Llosa. Sin duda «obra mayor» de su taller, la increíble historia de Roger Casement permite a su autor adentrarse una vez más en la vida de un individuo excepcional, desgarrado por las contradicciones pero tan honesto consigo mismo como deseoso de cambiar los derroteros de un mundo injusto. De él podría decirse lo que ya señalara su demiurgo literario en «Ganar batallas, no la guerra», un temprano texto fechado en 1978: «La grandeza trágica del destino humano está quizá en

esta paradójica situación que no le deja al hombre otra escapatoria que la lucha contra la injusticia, no para acabar con ella sino para que ella no acabe con él» (Vargas Llosa, 2009, 268).

Marcado por el halo de la visión utópica –como Antonio *el Conselheiro*, Mayta, Saúl Zuratas, Flora Tristán o Paul Gauguin entre otros personajes que lo precedieron–, el periplo de Casement desde la anglofilia imperialista y anglicana al independentismo irlandés y católico lo vinculan, de algún modo, al argumento del borgesiano «Tema del traidor y del héroe». Este hecho queda reforzado por la cita de José Enrique Rodó, extraída de los *Motivos de Proteo*, que inaugura el relato: «Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no uno, sino muchos. Y estas personalidades sucesivas, que emergen las unas de las otras, suelen ofrecer entre sí los más raros y asombrosos contrastes» (Vargas Llosa, 2010, 7).

Destacaré, así, cómo en la más reciente novela vargasllosiana se potencian dos elementos claves en su poética: el rechazo a cualquier ideología llevada a la práctica, que se convierte al «realizarse» en un verdadero infierno, y la defensa de las calificadas por Michel Maffesoli como utopías intersticiales: aquellas centradas en el individuo y signadas por la libertad, que logran mejorar el mundo gracias, precisamente, a la defensa de los espacios de acción del «yo» frente a la colectividad: *el hedonismo y el arte*, donde ocupa un lugar decisivo el ejercicio de la literatura.

Nadie cuestionará la energía que Vargas Llosa imprime a sus textos. Formidable agitador intelectual, su carácter se hace evidente en títulos como *El lenguaje de la pasión* (2001) o *Contra viento y marea* (1983, 1986, 1990), lo que no impide que sus reflexiones se encuentren signadas por la riqueza de matices. Como bien explica Juan Cruz, «aprendió a saber y a tachar, a escribir y a borrar; (...) escribe y corrige como si fuera de día un alumno y de noche su propio profesor. (...) No juzga sin haberse juzgado, no critica sin haberse criticado» (Cruz, 41).

Sus argumentos más interesantes se encuentran definidos por la apertura de miras, haciendo realidad aquello que preconizara Scott Fitzgerald en relación a las inteligencias de primer nivel: es capaz de sostener dos ideas opuestas y hacerlas funcionar al unísono, mostrándonos las falacias del pensamiento único. Así se aprecia en su interés por los títulos oximorónicos, marcados por el deseo de lo imposible, y evidentes en *La verdad de las mentiras: ensayos sobre la novela moderna* (1990), *La utopía arcaica: José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* (1996), *La tentación de lo imposible* (2004), *El paraíso en la otra esquina* (2003), *De sables y utopías* (2009) y –en la misma línea, pues se describe la pasión por una idea irrealizable como todas– *El sueño del celta* (2010).

Su fascinación por la utopía se manifiesta claramente en la importante entrada que dedica a este concepto en el *Diccionario del amante de América Latina*, de la que ofrezco un significativo fragmento:

«Yo he vivido, y seguramente vivo todavía, esa atracción irresistible, al menos en la cultura occidental, por la utopía, por la sociedad perfecta. Y al mismo tiempo desde muy joven he sentido junto con esa fascinación un rechazo visceral porque la utopía inevitablemente ha generado infiernos. La utopía ha producido figuras individuales extraordinarias, como lo era en *La guerra del fin del mundo el Conselheiro*, una figura notabilísima. Y al mismo tiempo, la utopía ha estado siempre rodeada de sangre, de violencia, de injusticias casi tan clamorosas como las que quería corregir. Esa doble vertiente que tiene la utopía a mí me ha fascinado, aunque siempre la he vivido como una contradicción y como un desgarramiento» (Vargas Llosa, 2006, 396).

Esta contradicción se halla presente en sus personajes más interesantes, que podrían ser calificados como los individuos esquizos de los que hablaran Deleuze y Guattari (1972, 22), siempre en busca de una salida, una entrada o una adyacencia en los sistemas cerrados (Deleuze y Guattari, 1975, 56) aunque esta tentativa les cueste la vida y, en algunas ocasiones, les haga empecinarse en una nueva idea errónea. Es el caso de Casement, nacionalista furibundo al final de su existencia aunque esta ideología vaya a contrapelo de la postura intelectual de Vargas Llosa, que ha escrito con enorme lucidez sobre los peligros de este pensamiento.

Como explica Efraín Kristal en su magnífico ensayo *Temptation of the Word: The Novels of Mario Vargas Llosa* (Kristal, *passim*), las primeras novelas del autor contestaron a la pregunta de «en qué momento se jodió el Perú» –*La ciudad y los perros* (1963), *La casa verde* (1966), *Conversación en La Catedral* (1969)–, para dar paso en los años siguientes a la denuncia de las «utopías realizadas»: *La guerra del fin del mundo* (1981), *Historia de Mayta* (1984), *El hablador* (1987) y *Lituma en los Andes* (1993). Tras su fracasada incursión en el terreno de la política, añadiría yo, acentuará su interés por los individuos «desmesurados» en su deseo de lograr un mundo mejor –*El paraíso en la otra esquina* (2003), *El sueño del celta* (2010)–, contrarios a las estructuras establecidas del poder –como los conspiradores que acaban con Trujillo en *La fiesta del Chivo* (2000)– y, en algunas ocasiones, refugiados en su propio

mundo hedonista y erótico ante el desencanto producido por las grandes ideas, como sucede en *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997) y *Travesuras de la niña mala* (2006).

En todos los casos, la utopía se muestra positiva en la ficción y negativa en su materialización social, coincidiendo con lo que comenta Paul Ricoeur en *L'idéologie et l'utopie*: «L'idéologie est toujours une tentative pour légitimer le pouvoir, tandis que l'utopie s'efforce toujours de le remplacer par autre chose» (Ricoeur, 25). Así, como señala Carlos Granés en el prólogo a *De sables y utopías*: «Mientras los artistas pueden ensayar formas míticas e irracionales, ser decididas y fantasear con un mundo a su medida, los políticos deben bajar de las nubes, tomar el pulso a la realidad y sentar las bases de ese sistema imperfecto y mundano, tan modesto como eficaz, que es la democracia» (Vargas Llosa, 2009, 12).

De hecho, si hay dos palabras repetidas por el escritor peruano para calificar a la democracia, el sistema político que defiende por encima de cualquier otro, éstas son, irónicamente, «bostezo» y «aburrimiento», pues sabe de los peligros que conlleva la persecución de quimeras. Así lo destaca en «Abajo la ley de la gravedad», donde revela la tensión que subyace en su escritura:

«Rechazar la realidad, empeñarse en sustituirla por la ficción (...) es la más antigua y la más humana de las actitudes, aquella que ha generado las figuras (...) más llamativas y admiradas, los santos y los héroes y, acaso, el motor principal del progreso y la civilización. La literatura y las artes nacieron de ella y son su principal alimento, su mejor combustible. Pero, al mismo tiempo, si el rechazo de la realidad desborda los confines de lo individual, lo literario, lo intelectual y lo artístico, y contamina lo colectivo y lo político —lo social—, todo lo que esta postura entraña de idealista y generoso desaparece, lo reemplaza la confusión y el resultado es generalmente aquella catástrofe en que han desembocado todas las tentativas utópicas en la historia del mundo (...). El progreso social y económico está en relación directamente proporcional al aburrimiento vital que significa acatar la realidad e inversamente proporcional a la efervescencia espiritual que resulta de insubordinarse contra ella» (Vargas Llosa, 2009, 156-157).

El camino seguido por nuestro autor se muestra paralelo al de Ernst Bloch, quien creyó ver concretada la utopía en la ideología marxista pero, poco a poco, cambió su deseo de una revolución social por el más general «principio de esperanza» que da

nombre a su monumental obra (Bloch, 1990). En la misma línea, Wolf Lepenies supo oponer los conceptos de *melancolía* y *utopía* (1998) defendiendo el primero de ellos, mientras Claudio Magris postuló la convivencia de *utopía* y *desencanto* como contrapeño a los fanatismos (1999).

En el caso de Vargas Llosa, descubrimos una primera fascinación por el marxismo gracias al papel ejercido en sus lecturas de formación por Jean Paul Sartre, cuyo maniqueísmo rechazaría ya en «Sartre, Fierabrás y la utopía» (Vargas Llosa, 1986, 176-180). En 1976 reconoce su evolución y manifiesta sentirse atraído por otras figuras intelectuales. Así, en «Albert Camus y la moral de los límites» muestra su interés por el pensamiento del autor de *La peste*, consistente en «admitir que el adversario puede tener razón, en dejarlo que se exprese y en aceptar reflexionar sobre sus argumentos» (Vargas Llosa, 1983, 333). Es el momento, igualmente, de encuentro con otros filósofos como Karl Popper, cuyo ensayo de 1947 «Utopia and Violence» resultará fundamental en su rechazo de las ideologías, de las que sólo resulta violencia, aniquilación del opositor, supresión de la crítica e instauración de la más dañina propaganda (Popper, 477-488). Estas utopías formalizadas imponen el denominado por Popper «espíritu de la tribu», presente en todas las doctrinas que consideran un valor supremo la pertenencia a una comunidad y denunciado por Vargas Llosa en su espléndido ensayo «*Un mundo feliz*. El paraíso como pesadilla»: «La utopía representa una inconsciente nostalgia de esclavitud, de regreso a ese estado de total entrega y sumisión, de falta de responsabilidad, que para muchos es también una forma de felicidad y que encarna la sociedad primitiva, la colectividad ancestral, mágica, anterior al nacimiento del individuo» (Vargas Llosa, 1990, 142).

Aún más grave resulta para nuestro autor constatar lo que ya señalara Michel Foucault en el prefacio a *Les mots et les choses*: «Les utopies consolent: (...) elles s'épanouissent dans un univers merveilleux et lisse» (Foucault, 9). Con estas frases sintetizaba el historiador de las ideas francés el concepto clásico del término, asociado a una sociedad ideal caracterizada por la serenidad apolínea y la pureza, donde la unidad constituye, según Christian Godin, «l'état naturel, nécessaire de l'humanité» (Godin, 12). Estas ideas se muestran totalmente contrarias al interés vargasllosiano por las pulsiones y a su defensa de la subversión satánica lograda con la literatura, manifiesta en su temprano fervor por Georges Bataille y sus «nociones de rebelión, de soberanía, de irracionalidad y de Mal», así como por otros «sepultureros de la cultura oc-

cidental» como Flaubert, Rimbaud, Proust, Joyce, Céline, Miller, Hemingway y, especialmente, Faulkner.

De ahí su defensa de la libertad negativa, por la que ningún poder externo debería restringir la acción humana, y su miedo ante la «cultura» de nuestro tiempo, heredera de la absurda creencia sesentayochista según la cual todos podemos llegar a alcanzar el mismo grado de conocimiento y que, como consecuencia, banaliza y degrada las ideas.

El mismo escritor da cuenta de este hecho en su ensayo sobre *Un mundo feliz*:

«Igual que todas las utopías, la de Huxley revela también lo que hay detrás de estas ingeniosas reconstrucciones del mundo: un miedo cerval al desorden de la vida librada a su propio discurrir. (...). La obsesión matemática de todas las utopías delata lo que quieren suprimir: la irracionalidad, lo instintivo, todo aquello que conspira contra la lógica y la razón. Es por esto que todas las utopías —y la de Huxley no es una excepción— nos parecen inhumanas. Privada de su fondo oscuro, incontrolable, la vida pierde su misterio y su carácter de aventura. La vida “planificada” tiene su precio: la desaparición de la libertad» (Vargas Llosa, 1990, 143).

Por otra parte, el joven Mario supo muy pronto del relativismo moral. En sus viajes por la Amazonia peruana en 1958 conoció una terrible situación de injusticia creada con las mejores intenciones, que le impresionó profundamente. En la zona del alto Marañón entró en contacto con una Misión de religiosas españolas, que albergaba a niñas indígenas con el fin de enseñarles a hablar castellano, la religión católica y las costumbres «civilizadas». Lo terrible del caso venía dado porque, a pesar de las durísimas condiciones de vida de estas monjas en su deseo por obrar bien, sólo lograban el mal para sus pupilas: una vez formadas, las niñas no tenían cabida en el mundo civilizado ni podían volver a sus poblados de origen, por lo que acababan de sirvientas-esclavas de familias blancas o alimentando los prostíbulos de las ciudades. El mismo autor lo explica brillantemente en «El país de las mil caras»:

«Tuve entonces por primera vez la intuición de lo que Isaiah Berlin llama las “verdades contradictorias”. Que con las mejores intenciones del mundo y a costa de sacrificio ilimitado se pudiera causar tanto daño es una lección que tengo siempre presente. Ella me ha enseñado lo escurridiza que es la línea que separa el bien y el mal, la prudencia que hace falta para juzgar las acciones humanas y para decidir

las soluciones a los problemas sociales si se quiere evitar que los remedios resulten más nocivos que la enfermedad» (Vargas Llosa, 1986, 45).

Esta situación lo marcará de forma tan indeleble que será recreada con diferentes variantes en novelas como *La casa verde* —recordemos en este sentido el impagable personaje de la prostituta Bonifacia, «nacida» de esta situación—, *Pantaleón y las visitadoras* —con un burdel constituido en parte por antiguas pupilas de religiosas—, *El hablador*, *El paraíso en la otra esquina* y *El sueño del celta*.

Ante esta situación, sólo queda el refugio en las utopías intersticiales que ya cité al comienzo de este ensayo, reivindicadas por Michel Maffesoli con las siguientes palabras:

«Il existe une mise en question des deux grandes marques de la civilisation moderne, de tradition dite judéo-chrétienne ou, mieux, sémitico-occidentalo-moderne: le monothéisme est la première des deux grandes marques. La deuxième est le Projet, c'est-à-dire, l'idée que la vraie vie est ailleurs, le messianisme. Il s'agit de sauver, de structurer la vie. Peut-on parler, à partir de cette schizophrénie structurelle et à partir de ce projet transcendant, d'un humanisme? Notre civilisation occidentale est arrivée à un point de saturation. Cette saturation s'exprime dans un polythéisme des valeurs. Il ne s'agit plus de chercher une utopie lointaine, mais des utopies interstitielles, des «bricolages» existentiels, proches, qui vont favoriser quelque chose de l'ordre de l'émotionnel, domestique. Il s'agirait plutôt d'humanismes ré-émergents, de panthéismes, de polythéismes, de quelque chose qui est structurellement pluriel» (Maffesoli, 1993, 140-141).

La gran Utopía moderna se ve, de este modo, sustituida por microutopías ajenas a las voluntades prometeicas y defensoras, por el contrario, del tono menor: «Il s'agit de vivre, en mineur, une multiplicité de petites utopies interstitielles» (Maffesoli, 1993, 102). Este hecho se encuentra refrendado por la respuesta que dio Vargas Llosa a Ignacio Solares en una entrevista concedida al mexicano con motivo de la aparición de *El paraíso en la otra esquina*:

«— Solares: Mario, yo creo que tu novela es la primera gran novela de utopía del siglo XXI, y lo primero que salta a la vista es que la utopía no está por el lado social. Yo diría incluso que hay un problema con la utopía en términos generales, respecto al fanatismo religioso, y que en tu novela más bien va por el lado individual, espiritual y hasta literario. ¿Hay algo de esto?

— Vargas Llosa: Estoy totalmente de acuerdo contigo» (Solares, 25).

Teniendo este hecho en cuenta, se comprenderá su defensa de dos microutopías individuales: *el hedonismo*, vinculado al disfrute del amor, y *el arte*, especialmente en su expresión literaria. Comentamos cada uno de estos aspectos a continuación.

En uno de sus múltiples ensayos sobre las maneras para alcanzar la «utopía» del hombre contemporáneo, Maffesoli reivindica una «razón sensible» (Maffesoli, 2005), ajena al cientificismo racionalista y defensora de la recuperación de valores hedonistas como el cuerpo, el juego, la vida improductiva y la filosofía del *carpe diem*. El tiempo poético y erótico del ardor de los cuerpos consigue así enfrentarse al dominado por la producción y los proyectos totalitarios (Maffesoli, 2005, 49), lo que conlleva la reivindicación del *instante eterno* o, en palabras del sociólogo francés, *el mesianismo del tiempo inmóvil* (Maffesoli, 2000, 56). De este modo, se explica su defensa de la ética de la tragedia para la sociedad actual, donde debemos ser capaces de consentir la plenitud del instante y, al mismo tiempo, aceptar con lucidez la naturaleza efímera de todas las cosas (Maffesoli, 2000, 101).

Estas ideas se encuentran plasmadas con claridad en la obra de Vargas Llosa, quien en su ensayo sobre *Un mundo feliz* denuncia un hecho incuestionable: «Con pocas excepciones como las de Charles Fourier, geómetra de las pasiones, los utopistas suelen ser puritanos que proponen el ascetismo, pues ven en el placer individual una fuente de infelicidad social» (Vargas Llosa, 1990, 143). La ascética «utopía» se opone, por tanto, al pensamiento de un autor que hace pronunciar a don Rigoberto —uno de sus más logrados personajes en este sentido—, las siguientes palabras:

«Desde mis años ya lejanos de militancia en la Acción Católica y a causa de ella —pues fue ésa la experiencia que me abrió los ojos sobre la ilusión de toda utopía social y me catapultó a la defensa del hedonismo y el individuo—, he contraído una repugnancia moral, psicológica e ideológica, contra toda forma de servidumbre gregaria, al punto que —no es broma— incluso la cola del cine me hace sentirme atropellado y disminuido de mi libertad (a veces, no tengo más remedio que acolarme, claro), retrocedido a la condición de hombre-masa.

Lo es todo lo que distrae del objetivo verdaderamente esencial de la vida humana, que consiste, a mi juicio, en la satisfacción de los deseos. No veo para qué otra cosa pode-

mos estar aquí, girando como lentos trompos en el gratuito universo» (Vargas Llosa, 1997, 163).

En la misma línea, el Gauguin de *El paraíso en la otra esquina* se revela perseguidor de una utopía individual marcada por la búsqueda de la belleza y el placer, que logra su mejor expresión a través del arte destilado por sus cuadros. Y, ¿qué decir del protagonista de *Travesuras de la niña mala*, incapaz de participar en los sucesos que pretendieron cambiar el mundo en la segunda mitad del siglo XX por sufrir una pasión incontrolada hacia «su» *femme fatale*? Todos estos individuos encarnan, con diferentes variantes, lo que explica Vargas Llosa a Solares en el siguiente párrafo:

«Creo que el arte, la literatura, la música, son utopías a realizar. Aunque también en la existencia humana hay experiencias, momentos que nos hacen sentir ese absoluto, esa forma extrema de felicidad que es el gran sueño utópico; el amor, por ejemplo. Un gran amor realizado no puede ser un estado crónico, pero sí tiene momentos de intensidad y de materialización tales que nos hace sentir superiores, nos eleva en la escala humana porque vivimos una experiencia tan enriquecedora que sentimos que nos arranca de la condición humana» (Solares, 29).

Ya en «El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional», un temprano artículo fechado en 1966, el peruano manifestaba la necesidad de que el escritor mantuviera, ante todo, su vocación literaria frente a los compromisos sociales. La palabra constituiría, así, su asidero en todos los órdenes de la vida, como recalcó en «La literatura es fuego», el discurso con que agradeció en 1967 la concesión del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, y como ha vuelto a repetir en «Elogio de la lectura y la ficción», las palabras que pronunció al recibir el Premio Nobel, entre las que se repitieron con frecuencia los conceptos de «sueño» e «imposible», y a las que quiero dedicar los últimos párrafos de mi exposición.

En «La literatura es fuego» leemos: «La vocación literaria nace del desacuerdo de un hombre con el mundo, de la intuición de deficiencias, vacíos y escorias a su alrededor. La literatura es una forma de insurrección permanente y ella no admite las camisas de fuerza» (Vargas Llosa, 1983, 134). Del mismo modo, en «Elogio de la lectura y la ficción» subrayará «la pasión, vicio y maravilla que es escribir, crear una vida paralela donde refugiarnos contra la adversidad» (Vargas Llosa, 2010b, 1), defendiendo la ficción como única forma de solidaridad posible —«La literatu-

ra crea una fraternidad dentro de la diversidad humana y eclipsa las fronteras que erigen entre hombres y mujeres la ignorancia, las ideologías, las religiones, los idiomas y la estupidez» (Vargas Llosa, 2010b, 4)–, y destacando la libertad que genera su ejercicio: «Porque un mundo sin literatura sería un mundo sin deseos ni ideales ni desacatos» (Vargas Llosa, 2010b, 13).

Comencé mi reflexión con una cita que muestra las tensiones entre las que se debate la escritura de Vargas Llosa. Quiero terminarla, precisamente, con las palabras con las que este escritor «total» concluyó su discurso en Estocolmo el 7 de diciembre de 2010, pues manifiestan a las claras el valor de la literatura como única, y última, utopía posible: «La nuestra será siempre, por fortuna, una historia inconclusa. Por eso tenemos que seguir soñando, leyendo y escribiendo, la más eficaz manera que hayamos encontrado de aliviar nuestra condición precedera, de derrotar la carcoma del tiempo y de convertir en posible lo imposible» (Vargas Llosa, 2010b, 13).

Bibliografía citada

- Berlin, Isaiah, *Against the Current: Essays in the History of Ideas*, Henry Hardy ed., Princeton, Princeton University Press, 1979.
- Bloch, Ernst, *Werkausgabe: Band 5: Das Prinzip Hoffnung*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1999 [1959].
- Cruz, Juan, «Mario y la gente», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 2007, nº 684, pp. 41-43.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *L'Anti-Oedipe: capitalisme et schizophrénie*, París, Minuit, 1972.
- *Kafka. Pour une littérature mineure*, París, Minuit, 1975.
- Foucault, Michel, *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1994 [1966].
- Godin, Christian, *Faut-il réhabiliter l'utopie?*, Nantes, Pleins Feux, 2000.
- Lepenies, Wolf, *Melancholie und Gesellschaft: mit einer neuen Einleitung: Das Ende der Utopie und die Wiederkehr der Melancholie*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1998.
- Maffesoli, Michel, *La contemplation du monde. Figures du style communautaire*, París, Grasset, 1993.
- *L'instant éternel. Le retour du tragique dans les sociétés postmodernes*, París, Denoël, 2000.
- *Éloge de la raison sensible*, París, La Table Ronde, 2005 [1996].
- Magris, Claudio, *Utopia e disincanto. Storie, speranze, illusioni del moderno*, Milano, Garzanti, 1999.

- Kristal, Efraim, *Temptation of the Word: The Novels of Mario Vargas Llosa*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1998.
- Popper, Karl R., «Utopia and Violence», en *Conjectures and Refutations: the Growth of Scientific Knowledge*, New York, Routledge, 2002, pp. 477-488 [1963].
- Portugal, José Alberto, «Miguel Gutiérrez y Mario Vargas Llosa: el amargo sueño de la utopía», en *Del viento, el poder y la memoria: materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*. Cecilia Monteagudo y Víctor Vich eds., Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002, pp. 53-70.
- Revel, Jean François, *La tentation totalitaire*, Paris, Robert Laffont, 1976.
- Ricoeur, Paul, *L'idéologie et l'utopie*, París, Seuil, 1997.
- Solares, Ignacio, «El paraíso posible de Mario Vargas Llosa o las utopías realizadas», *Revista de la Universidad de México*, 2004, nº 3, pp. 21-29.
- Vargas Llosa, Mario, *Contra Viento y marea (1962-1982)*, Vol I, Barcelona, Seix Barral, 1983.
- *Contra Viento y marea (1972-1983)*, Vol II, Barcelona, Seix Barral, 1986.
- *La verdad de las mentiras: ensayos sobre la novela moderna*, Barcelona, Seix Barral, 1990.
- *Desafíos a la libertad*, Madrid, Aguilar, 1994.
- *Los cuadernos de don Rigoberto*, Madrid, Santillana, 1997.
- *Diccionario del amante de América Latina*, Barcelona, Paidós, 2006.
- *Odiseo y Penélope*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007.
- *Sables y utopías. Visiones de América Latina*, Madrid, Aguilar, 2009.
- *El sueño del celta*, Madrid, Alfaguara, 2010.
- «Elogio de la lectura y la ficción», discurso del Premio Nobel leído el 7 de diciembre de 2010b, pp. 1-13. Accesible en http://nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2010/vargas_llosa-lecture_sp.pdf (7/12/2010).